

que pueda haber en su primera impresión, atestigua que no había gran simpatía recíproca entre ellos. El *amigo* Clavière, en revancha, le parece muy sólido y muy agradable, cuando no se muestra partidario de quintaesenciar las cosas. Madama de Stael contestaba á alguien que le reprochaba su costumbre de emitir juicios sobre sus amigos: « Que le voy á hacer; habia de ir camino del patíbulo y no podría impedirme de juzgar á los amigos que me acompañasen. » Y esto es lo que hace Madama Roland. Entre todos estos hombres de bien y de mérito, busca un gran carácter capaz de resolver la crisis y de llevar la nave á buen puerto con sus consejos. ¡ Oh, cómo debió sentir la desaparición del noble y desinteresado Mirabeau! Aun cuando animaba á Brissot para que fuese el hombre buscado, se ve que confiaba poco y que sabía que era *excesivamente confiado, muy sereno y casi ingenuo*. Acaso, si ella hubiese sido hombre, habría llegado á ser el genio patriótico, el salvador del imperio. Nos complacemos en creerlo, y nada en su conducta desmiente la idea de una gran audacia clarividente, de una capacidad superior y aplicable.

Pero, ateniéndonos al juicio que hace de los otros, actor incompleto que fué á causa de su sexo, sorprende la penetración de sus ojos en el fondo de las almas, aun en el momento en que la pasión la ofusca. Sus afirmaciones sobre Garat, por ejemplo, son de una gran dureza, y no dejan lugar á ver las cualidades secundarias de este hombre de talento, de sensibilidad, amable, amigo de disertaciones, tan bueno y tan sincero como podía serlo; pero sofista de ingenio y sin el freno de la virtud. No obstante, después de haber leído la apología de Garat en sus Memorias, me parece que, á pesar de las negativas de la escritora y de sus explicaciones ingeniosas, analíticas y elegantes, los juicios de Madama Roland subsisten en el fondo contra él. ¡ Cómo se conciben, leyendo las descripciones sutiles y los periódicos ciceronianos de quien no osaba atacar á Cadius ni á Catilina, cómo se concibe la indignación de Madama

Roland contra estos paliativos, contra esta dulzura de lenguaje en presencia de lo que ella llama un crimen, contra las pretensiones conciliadoras de esta inteligencia flexible al servicio de una imaginación vibrátil! Madama Roland adelantaba las palabras futuras que le escribió desde la prisión: « Haz ahora bellos escritos, explica como filósofo las causas de los sucesos, las pasiones, los errores que los acompañaron; la posteridad dirá siempre: *El fortificó el partido que envileció á la representación nacional, etc.* » En cuanto á Brissot aceptamos por completo el juicio de Madama Roland sobre él, sobre su perfecta honradez y su condición de desinteresado; y así lo declaramos porque, no es doloroso y amargo el ver que los autores de la Historia de una Revolución que merece acreditarse, autores concienzudos y sabios, pero sistemáticos, reproducen como incontestables imputaciones odiosas contra la probidad del jefe de la Gironda. Es muy difícil, después de cincuenta años, limpiar á Brissot de las calumnias de Morande; pero toda la parte política de su vida rechaza y desmiente las recriminaciones hechas á la parte privada. Nacido en un país en el que Brissot vivió al principio, en Boulogne-sur-Mer, en donde trabajó con Swinton y donde se casó; pariente de personas que le acogieron y de la familia Cavilliers, que precisamente lo conoció en los años á que se refieren las calumnias, nunca ha oído una palabra de duda sobre su integridad, y su pobreza siempre virtuosa. ¿ La biografía de Brissot presenta, como intentan, en pretender la inmolación teórica de la Gironda *protestante y corrompida* á Robespierre, *católico y puro*? ¡ Así sea! Lo que se puede afirmar es que este último sonreiría con su peor sonrisa al leer la biografía de su víctima.

Se ve en la correspondencia con Bancal figurar con frecuencia Blot y Lanthenas, de los que la alejaron disidencias de opinión, Lanthenas de quien Madama Roland habla en sus memorias como de un enamorado exigente y á quien llama en sus cartas el *buen apóstol*; lo era, en efecto, aun en la acepción más vulgar de la

palabra. Excelente hombre, exaltado, uno de los que la Revolución se apoderó en los primeros momentos y elevó en el aire como una cometa, hasta entonces de una gran utilidad, el ideal de *jamulus*, quiso más tarde obrar y pensar por sí mismo, y perdió la cabeza en la revuelta, quiero decir el talento; pues Marat, para colmo de injuria, Marat, su ex-colega en medicina y que lo apreciaba sin odio, le hizo borrar de la lista fatal como pobre de espíritu. Se concibe, se presiente el triste destino de Lanthenas desde que se ve dirigir á Brissot artículos encabezados como éste: *Cuando el pueblo está maduro para la libertad, una nación es siempre digna de ser libre*; ó bien, cuando propone á Bancal *hacer alguna gran confederación para trabajar algunos años, al mismo tiempo en Inglaterra y en Francia para desembarazarnos absolutamente de los curas*. Sea como quiera, por las cualidades de su corazón y su antiguo amor por Madama Roland, el buen Lanthenas merecía acabar mejor.

La Correspondencia con Bancal se interrumpe en la época del segundo ministerio Roland y por el doble grito de alarma heroico ante la aproximación de los prusianos y de horror y de execración ante las mantanzas de Septiembre. Madama Roland y sus amigos se agrupan con la cabeza alta del lado de la resistencia. ¿Qué cambio teórico se operó en el pensamiento de los Girondinos? No tuvieron tiempo para reflexionar, para rehacer sus ideas de gobierno y de constitución. Divididos entre ellos por las medidas más inmediatas, su resistencia fué un instinto humanitario del corazón. ¿En qué habrían acabado sus ideas políticas si ellos no hubiesen perecido? A juzgar por los supervivientes, por Louvet, Lanjuinais y los del 71, que se agruparon en torno de sus memorias, creemos que habrían pertenecido á las filas de los que defendieron una libertad franca, entera, republicana, aunque entonces pareciese insuficiente contra las pasiones y las intrigas. El 89 les habría calmado y habría cesado su antipatía contra sus hombres, y la estimación acabaría con una guerra y injurias. El noble Andrés Chenier no habría insul-

tado á Brissot; Madama Roland, seguramente, habría tendido la mano á La Fayette. En una palabra, todos estos cerebros, desde M. Nécker hasta Louvet, aunque tenían diferentes grados de velocidad y de atrevimiento, comulgaban en los mismos principios sociales y se encontraban todos en la misma orilla. Había habido entre ellos discusiones acerca del derecho y disidencias sobre la medida de la libertad; pero la incompatibilidad radical de los principios, de costumbres y de temperamento, un abismo, en fin, que se abrió el 2 de Septiembre al paso de la Gironda, los separaba de todos los demás hombres de los partidos extremos y sanguinarios y de los sistemas hoscas. Desde el momento en que *matar* llega á ser uno de los medios ante el que no retrocede el fanatismo, toda sociabilidad desaparece; lo que era el límite de la moral humana, de la naturaleza civilizada, queda violado, y la primera garantía de quienes somos, de que hablamos y discutimos con un *semejante*, no existe ya.

Pido perdón si insisto tanto sobre este abismo, sobre este estrecho Rubicón, pero sin fondo, que sirve de separación entre los más avanzados girondinos y sus adversarios los jacobinos. La demarcación es históricamente esencial. Si hubiese en nuestros días una separación casi parecida (lo que Dios no quiera) entre partidos análogos, sería preciso advertirles para que se librasen de la confusión. Tanto era el candor de las almas girondinas de entonces, para no darse cuenta del punto radical que los separaba de sus futuros adversarios, como el que no existe en las almas girondinas actuales alumbradas por la experiencia para que lo disimulen.

Detalles íntimos sobre Madama Roland nos son revelados en la Correspondencia con Bancal, y vienen á aumentar el caudal de los que ya conocíamos. Muy dada á los afectos individuales, les otorga una bella y grande parte, los cultiva piadosamente, sin pensar en inmolarlos en el altar de la patria como una mujer espartana. Le gusta asociar los nombres de la amistad

á las emociones públicas que invaden su alma y la enamoran. « Es añadir — dice en un estilo cuyo giro recuerda la conversación de Madama de Wolmar, — es añadir al interés de una historia soberbia el interés emocionante de un sentimiento particular; es reunir al patriotismo que generaliza, que enaltece los afectos, el encanto de la amistad que los embellece y aun los perfecciona. » Las cartas del 24 y del 26 de Enero de 1791 á Bancal, que entonces estaba en Londres, en las que intenta consolarle de la muerte de su padre, merecen un lugar al lado de las más elocuentes efusiones de una fuerte filosofía, pero llena de sensibilidad. Cicerón y Séneca consolaban mucho más que ella con lugares comunes, con consideraciones vagas y más medianamente sensibles. Marco Aurelio, si hubiese sido más estoico se habría entregado menos al dolor, pero me figuro que el yerno de Agricola, si hubiese tenido que consolar á un amigo por la muerte de su padre, lo habría hecho en términos á la vez viriles y compadecidos, sobriamente apropiados á una realidad seria.

Á quien leyese superficialmente esta correspondencia, podría escapársele uno de los detalles más interesantes. Pasa, en efecto, se anuda y se desata entre Madama Roland y Bancal durante estos dos años, una especie de novela, sí, una novela de corazón de la que, á través de las distracciones de los grandes acontecimientos y de las discreciones de lenguaje, podemos seguir aquí y allá sus trazas. Bancal, desde el comienzo de la unión, parece que se halla muy vivamente atraído. Se ve, por una broma amable que le dedica Madama Roland, que sus relaciones no eran debidas á la Revolución, que habrían existido lo mismo sin las circunstancias patrióticas, y que estaban como fatalmente predestinados á una mutua amistad: « Eran lazos secretos, eran simpatías. » Durante una de sus permanencias en La Platière, hacia Septiembre de 1790, este atractivo había arraigado más aún, y un día tuvo lugar una conversación en la que no pudo ocultar á

su amiga los sentimientos de turbación que abrigaba en su alma. Luego escribió una carta común á M. y á Madama Roland; pero ésta, á quien su marido se la envió, interpretó algunas frases de una manera particular, y se aventuró á escribir, desde el campo y á escondite de M. Roland, una carta el 8 de Octubre que así explicada entregamos á la perspicacia de los lectores. La emoción que traiciona esta carta era solamente el indicio de un sentimiento y no de una pasión. Madama Roland, en otra carta *secreta* del 28 de Octubre, vuelve sobre sus pasos y trata de calmar la imaginación de su amigo y de llevarlo á la realidad. Más tarde, el 30 de Noviembre, se queja con una especie de coquetería, en la fábula del *Ruiseñor y la Curruca* del olvido del viajero que parecía en efecto no preocuparse más de ellos. Se encuentra también en las cartas de consuelo algunas promesas de fidelidad á recuerdos bastantes íntimos; después, al regreso de Londres, la expresión de una tierna inquietud por la melancolía prolongada de que es testigo; pero todo termina con la confesión de una nueva pasión de Bancal, por la que Madama Roland, como amiga generosa y abnegada, le prodiga con sus consejos ofrecimientos de intercesión. Aún no había llegado el momento de la verdadera pasión, largo tiempo retardada, que se apoderó del alma poderosa de Madama Roland, y de la que ella habla en dos pasajes de sus Memorias, al aludir á *ciertas razones* que hacia el 31 de Mayo la obligan á marcharse al campo; y cuando saludando al imperio de la filosofía que sucedió en ella al sentimiento religioso, añade que estas salvaguardias interrumpidas, parecían que debían preservarla del huracán de las pasiones, las que, *con el vigor de un atleta, abandona en los comienzos de la edad madura.* ¿Quién fué el objeto de esta sola, de esta tardía, de esta avasalladora pasión de su alma? Un prejuicio vulgar ha designado á Barboux, porque cantó alabanzas en honor de su cabeza de Antinoo; pero esto no prueba que fuese cierto. Un velo sagrado continuará cubriendo esta tempestad, que aumentaba

silenciosamente en su alma en las proximidades de la muerte (1).

Madama Roland ha nombrado una vez á Madama de Staël en una carta que se ha encontrado entre los papeles de Brissot, pero que no está dirigida á él, pues la fecha de 22 Noviembre de 1789 no permite concebir entre ellos la familiaridad con que está escrita : « Se inventan aquí (Lyon) — dice Madama Roland — cuentos sobre Madama de Staël (*sic*), de quien dicen se muestra muy asidua á la Asamblea y que envía á los caballeros desde la tribuna cartitas animándoles á defender las mociones patrióticas. Añaden que el embajador de España, en casa de su padre, le hizo graves reproches. No podéis figuraros la importancia que nuestros aristócratas conceden á estas tonterías, acaso nacidas en su cerebro; pero es que quieren presentar á la Asamblea como conducida por algunos aturdidos excitados, y, á su vez, guiados por una docena de mujeres. » En revancha, Madama de Staël no nombra, en ninguna parte (que yo me acuerde) á Madama Roland. ¿ Era esto instinto de venganza filial por su padre desconocido y maltratado? ¿ Era esto debilidad de mujer frente á una rival? Madama Roland, en lo que dice sobre los girondinos en un capítulo de las *Consideraciones*, brilla por su ausencia. Sea como quiera, no podemos sustraernos á comparar estas dos mujeres ilustres; Madama Roland, once años más vieja, debió á su educación burguesa el escapar á los falsos brillos y á las ficciones vanidosas de la sociedad. El recogimiento en el salón próximo al taller de su padre, valía más como asilo de la niñez, como cuna de estudio ó de graves reflexiones, que la butaca en el salón de Madama Nécker, en el círculo de los bellos ingenios, y que los propios bosques novelescos de

(1) Se sabe ciertamente hoy que fué Buzot quien tuvo el honor de ocupar el corazón de Madama Roland. Se han encontrado y publicado cartas que ella le escribió desde su prisión, y, por último, pasajes suprimidos antes y añadidos recientemente en sus Memorias, son una confesión formal.

Saint-Ouen. La señorita Philipon se hizo, pues, un carácter más viril y más sencillo; tuvo desde muy temprano la costumbre de suprimir su sensibilidad y su imaginación, de detenerse en los principios razonadores y de regular su conducta. No se la ve exaltada por un M. de Guibert, y M. de Boismorel que desempeñó un análogo papel cerca de ella, no fué sino una figura de orden y de calma á sus ojos. El tinte filosófico y razonador que tiene, que afecta un poco, y que la hace más bien antipática é injusta para con los bellos ingenios y literatos en boga, tan queridos de la señorita Nécker, es lo contrario del entusiasmo; no se le escapa ninguna de sus ridiculeces, encuentra la cara de Alambert raquítica, las arengas del abate Delille pesadas y toscas; Ducis y Thomas le parecen elogiarse el uno al otro como los dos asnos de la fábula y solamente veía un mediano escritor en el hombre de quien Madama de Staël ha dicho : « Garat, entonces ministro de justicia, y, en tiempos más dichosos para él, uno de los mejores escritores de Francia. » No se vaya á creerá Madama Roland un completo filósofo estoico, un ciudadano rígido como su marido, en una palabra, otra cosa que una mujer. Aparece así bajo su filosofía y su prudencia por la necesidad de la acción. ¡ Con qué satisfacción hace su autorretrato en su mesita, en aquel gabinete que Marat llamaba un *boudoir*, escribiendo la famosa carta al Papa! Más de una vez, durante el segundo ministerio de Roland, fué llamada inopinadamente ante el tribunal de la Convención, en donde contestaba con modestia, pero con desenvoltura, concreta y netamente. Bajo sus aspectos modesto, se observaba el gozo que le causaba el intervenir en los negocios públicos. ¡ Después de sus seis meses en París, en 1791, á su vuelta á Villefranche, bien lejos de prever el ministerio para su marido, y en vísperas de retirarse á la vida privada, en la obscuridad que la ahogaba de la vida provinciana; carta á Bancal el 11 de Septiembre; ¡ cómo sufría! Se sentía nacida para un papel más activo, influyente, múltiple, para este escenario en el

que se encuentra á cada paso el alimento de la inteligencia y la emoción de la gloria. Como Madama de Staël, lejos de París, desterrada de la vida agrandada y superior en que había debutado, clamaba, pero muy bajito, por el arroyo de su calle de la Harpe. Ciertamente que si alguna profética visión, si algún espejo encantado le hubiese anunciado su carrera pública tan corta y tan llena de acontecimientos, su despacho al Papa y al rey, desde el fondo de su austero *boudoir*, sus apariciones emocionantes, siempre aplaudida, ante las Asambleas y, como final, el drama, ella vestida de blanco con la cabellera tendida sobre sus espaldas, subiendo triunfal al patíbulo; si hubiese podido escoger, seguramente que no habría titubeado, y como Aquiles, habría preferido el destino militante roto á tiempo é inmortal, á la pacífica tranquilidad, al calor del fuego. Y, sin embargo, sentía la vida doméstica, las prácticas del hogar, la vocación maternal, y sabia escuchar á solas la voz de la naturaleza. Los detalles de los campos, el color de las viñas y de los nogales, los trabajos y fatigas de los vendimiadores, la cosecha, el gallinero, las reservas de frutas secas, las peras de cuelga, eran sus ocupaciones. « Yo me embrutezco, á fuerza... » escribía á Bosco en una carta admirablemente rústica, casi, por decirlo así, platónica de rusticidad, que habría sonado mal, según creo, bajo las sombras majestuosas de Coppet (1), pero tal como la escribía nuestro pseudónimo George Sand desde su Berry en sus mejores días. Para completar el cuadro de las virtudes domésticas de Madama Roland, no es preciso más que recordar el principio de esta otra carta escrita á Bosc desde Villefranche : « Sentada al lado del fuego, á las once de la mañana, después de una noche apacible y de los diversos cuidados que me ocupan desde muy temprano, mi amigo en su despacho, mi pequeña haciendo crochet, hablando con uno,

(1) Madama de Staël decía que la agradaría la agricultura si oliese menos á estiércol.

vigilando la labor del otro, saboreando el placer del seno de mi familia querida, escribiendo á un amigo en tanto que la nieve cae, etc. » Al lado de estas costumbres, de estas cualidades buenamente burguesas, osemos notar, á falta de resabios aristocráticos, la jactancia plebeya y filosófica ¿No aparece alguna vez? Madama Roland me sorprende cuando critica con una sonrisa de superioridad á los *discípulos de Jesús*. Escribiendo, á imitación de Juan Jacobo, sobre ciertas particularidades que la mujer cuida de ocultar, se complace con una especie de buen humor estoico y de desdén para con los sexos, en alusiones menos castas, que ella que era la castidad misma. Esto le hace encontrar *bonitas* y de *buen gusto* las novelas de Louvet. Estos pequeños descarríos *filosóficos* no podían anular la perfecta gracia que las relaciones revolucionarias no ha podido nunca marchitar.

El estilo de Madama Roland es más fuerte, más conciso, más neto que el estilo de Madama de Staël; pero la diferencia que entre las dos existe es debida al carácter, á las costumbres, á la educación de ambas escritoras, y á que Madama Roland tenía diez años más que Madama de Staël. La primera escribió mucho en sus retiros solitarios sobre toda clase de asuntos, llegó á ser conocida en su madurez y sus escritos á la ligera son testimonio de una pluma muy ejercitada y de un talento premiso que sabía expresarse con facilidad. Probablemente, Madama de Staël, ante las mismas Asambleas, se habría expresado con menos calma y serenidad, y la emoción le impediría hablar. La una, como una dama romana, acomodando la modestia con el orgullo, escondía bajo los pliegues de sus vestiduras el estilete y las tablas de cera. Delfina, palpitante y cuyo seno se hincha de exaltación, como un poco mujer del Norte, no temía mostrar su arpa y que flotasen las cintas que le servían de adorno. Y no obstante, Madama Roland obedece á la misma inspiración que esta otra hija de Juan Jacobo : « Cualquiera que sea el fruto de la observación y de las reglas de la

filosofía — escribe á Bancal, — yo creo en un guía más seguro para las almas sanas : en el *sentimiento*. » Como Madama de Staël, lee á Thompson con lágrimas, y si más tarde en su vena republicana se apega á Tácito y no quiere más que á él, ¿ el autor republicano de *La Literatura* no se alimentaba con las Cartas de Bruto? Las dos dejan notar en sus escritos una burla, un verbo igualmente despreciativo para los perseguidores de baja estofa que las rodean; las dos son dueñas, cuando hace falta, de la ironía, esa arma fácil de las mujeres superiores. A medida que pasaron los años, según creo, la una escribiendo y rechazando por estoicismo ante la realidad, y la otra desembarazándose de sus velos según maduraba, la diferencia entre ambas habría sido menor (1).

Un elogio aplicable á muy raras existencias gloriosas, pero muy debido á Madama Roland, es que cuanto más se ahonda en su vida, en sus cartas, más el conjunto parece sencillo, siempre el mismo lenguaje, los mismos pensamientos sin reservas; ni una sola complicación, ni un solo repliegue, ni siquiera deseos ó tendencias diversas. La última y misteriosa pasión, cuyo objeto se ignora, y que sólo dos trazos delatan, es majestuosa en su silencio. En cuanto al resto, verdad, evidencia, limpidez perfecta, ni una mancha ni un velo, podéis mirar en cualquier momento su casa de vidrio transparente que pedía el Romano. La luz de la inocencia

(1) Muchas veces han comparado con Madama Roland á Mistress Hutchinson, mujer muy enérgica, y autora de *Memorias* que si bien no son muy divertidas, son de una lectura sana. Mistress Hutchinson, diserta demasiado sobre las discusiones de su marido, gobernador de Nottingham, con los comités locales, y en cambio no describe bastante su conducta en el Parlamento en el asunto del rey, pero su obra desde el principio al fin, está impregnada, mejor dicho, petrificada de honradez. Es conmovedor ver cómo Mistress Hutchinson atribuye á su noble esposo todas sus propias virtudes. « Lo que ella era no fué sino lo que él era cuando vivía, y lo que es ahora, no es sino una imagen que pierde su brillo. » Mas Mistress Hutchinson y Madama Roland difieren tanto como las dos Revelaciones que los prdujeron. La una es vecina de Rousseau y la otra de Milton.

y de la razón alumbraba dentro purificándolo todo. ¡ Cuánta es su firmeza al mirar la realidad y al porvenir ! Cerca de la muerte, exclama sin ficción alguna en un himno de despedida. » ¡ Adiós mi hijo, mi esposo, mi criada, mis amigos; adiós sol, cuyos rayos brillantes serenaban mi alma y la elevaban hasta los cielos; adiós campos solitarios cuyo espectáculo me ha emocionado muchas veces, y á vosotros rústicos habitantes de Thézée que bendeciais mi presencia, cuyos sudores limpiaba, cuya miseria aliviaba y cuyas enfermedades atendía, adiós ! ¡ Adiós, gabinete de paz en donde mi espíritu se complacía con la verdad, en donde mi imaginación se cautivaba con el estudio y en donde aprendió en el silencio y en la meditación á regular mis deseos y á despreciar las vanidades. »

Se ha querido hacer en estos últimos tiempos de Madama Roland el modelo para la mujer futura, una mujer enérgica, republicana, inspiradora del esposo, igual ó superior á él, remplazando por una noble claviridente audacia la timidez cristiana, que alguien llama sumisión virginal. Las mujeres como Madama Roland sabrán siempre hacerse un lugar, pero siempre serán una excepción. Una educación más sana y más sólida, fortunas más módicas, matrimonios más de acorde con sus verdaderas consecuencias, deberán sin duda asociar cada vez más á la mujer y al esposo, tanto por la inteligencia como las demás cualidades del alma; pero no es preciso transformar las antiguas virtudes ni las gracias, basta sólo con preservarlas. A los que citaran á Madama Roland como modelo, les recordaremos que ella no descuidaba sus gracias, que eran en ella un imperio que es común á todas las personas de su sexo, y que el genio que relucía muy á menudo y se imponía, en otras no tendría autoridad.

Agosto, 1835.